



Vuelve san Roque



Alguno puede leer en la foto aledaña que intento resucitar la vieja polémica del san Roque nuevo; y no es así; y, mucho menos, poner en entredicho a nuestro popular y tradicional San Roque, al san Roque de nuestros amores.

La saco, porque he pasado unos días de aguas allá, y, aunque parezca paradójico, no me he encontrado con ningún macoterano, y

esto sí que es noticia, porque dicen no hay un rincón del mundo, donde no haya un macoterano; pero, con lo que sí me tropecé fue con san Roque. Con este san Roque, que aparece en la foto; sucedió en la antigua catedral de san Patricio, en la inmensa ciudad de New York. Me senté en un banco y lo contemplé detenidamente; (si paso de largo, hubiese sido una descortesía por mi parte). Me fijé en el parecido con nuestro Santo y en las diferencias. El Santo americano es más señorial, más suntuoso, mejor parecido, más elegante y con un cierto aire de arrogancia; estas actitudes puede que las muestre porque se encuentra formando escolta en un pasillo, donde aparecen personajes de más categoría que él, de más relevancia, que no saben tanto de pestes ni de cuidar a menesterosos, quizás sean más doctos en cosas de libros o porque fueron seguidores del Hijo del carpintero; y esta extraña presunción, que se vislumbra en san Roque, puede ser por un contacto diario y permanente con sus compañeros durante muchos años.

Lo que sí puedo afirmar, como conclusión, es que el san Roque de san Patricio no goza de la popularidad ni de la atención de los devotos, como nuestro Patrón; aquel Santo no sabe de toros ni lo que es un toro, ni admite el rito sincero y emocional del baile, ni tiene el aguante imperturbable de nuestro san Roque, ni nadie le compone loas de alabanza por sus virtudes, a caso alguna vela de algún devoto, que recibió alguna gracia por su mediación.

Pero, como san Roque, (que lo es el americano a mucha honra), le tributé honores fervientes, porque su vida entregada al servicio de los demás está por encima de los ropajes y cinceles que quisieron engrandecer su aspecto físico.

El tío Blanco



Era guarda de viñas. Se trata de un obrero que se ganaba el jornal donde le llamaban; una vez mayor, se empleaba en cuidar las viñas de uno de los pagos, que, entonces,

abundaban en el término; pero este hombre, sencillo y callado, es famoso por ser uno de los protagonistas de las mil anécdotas que tienen que ver con san Roque y los toros.

El tío Blanco, el día de san Roque, como hacía todos los días, se fue a vigilar las viñas de su pago como era su menester. Regresaba tranquilo a casa, al atardecer, montado en su burro con la mirada prendida en el polvo del camino. Desconozco en qué pensaba el tío Blanco, lo que sí estoy seguro es que hormigueaban, en sus adentros, la suspicacia y el miedo, o quizá la despreocupación de viejo, porque era común, cada san Roque, que se escapase algún novillo de la plaza, hartos de tanto acoso y derribo; le era fácil metía la cabeza bajo la vara de un carro o aprovechaba hueco amplio del empalizado, y salía huyendo, como espantado, en busca de la tranquilidad y sosiego del Melgarejo; para algo le valía el haber recorrido el camino en paseo nocturno y mañanero, cuando lo dirigían a la Carrallano a no sabe a qué; pero *míaqué*, aquel día, un toro toma las de Villadiego, y corre desahogado camino de las Cárcavas adelante en busca del atajo del Blascomartín; le perseguían de largo dos caballos y un buen grupo de mozos; los caballistas y los de a pie se percatan de que, a lo lejos, venía un hombre montado en un burro y de que, irremediablemente, se iba a tropezar con el toro.

Le gritan, le aspean con los brazos, le avisan del peligro, pero el tío Blanco sigue caminando con toda parsimonia; se da cuenta del peligro cuando tiene al novillo a un palmo de las narices; el novillo da un pequeño quiebro, el burro se espanta y, con la cornada del miedo, el tío Blanco cae de bruces, boca abajo; el primer caballista desmonta del montado, se acerca al anciano y ve, como se desliza un reguero de sangre; se asusta y grita a todo pulmón: ¡Lo ha Matado! ¡Lo ha matado! Todos corren cuanto pueden y llegan ante el presunto cadáver sofocados y acezantes; "aún se mueve", dice uno; le ponen boca arriba para comprobar la gravedad de la cornada, pero el tío Blanco se apretaba más y más la cintura, al tiempo que salía más y más sangre; de pronto, se percatan: ¡Si son uvas estrujás! El alivio fue grande, y la algarda general llevó el eco por cerros, calles y plazas.

Unos días con los yankis

No esperaba dar un salto tan grande a mis setenta años, me frenaba la distancia, pero los hijos tiran mucho, y los hijos quieren también que los padres disfrutemos de aquellas cosas guapas que nos brinda el mundo en cada uno de los rincones, donde se encuentran.

Recuerdo, cuando era pequeño, que, a un tío de los *Chaquetillas* lo llamaban el *Yanki*, pero nunca me interesé del porqué a aquel hombre fuerte, bien parecido, con unos dientes de oro que enseñaba mientras reía, lo apodaban así. Ahora me doy cuenta: él había sido uno más de los cientos de macoteranos, que, a principios del siglo XX, habían emigrado a América, y había decidido retornar a su pueblo, a pasar los últimos años de su vida con su familia.

Todos los inmigrantes a los Estados Unidos tenían que pasar, obligatoriamente, por el Centro de Inmigración, que está ubicado en la isla *Ellis*: aquí desembarcaban, aquí se les inscribía, aquí pasaban revista sanitaria, aquí se les pesaba, se les medía, se apuntaban sus características

físicas y se les preguntaba por el dinero que llevaban. Se les tenía en cuarentena durante tres días, luego, al útil, se le enviaba a su destino, donde le esperaba un familiar, un amigo o un paisano. Pues bien, esta fue la primera visita que hicimos a nuestra llegada a New York. Queríamos emular a mi padre, a nuestros paisanos y compatriotas. También quisimos inscribirnos, sentarnos en el mismo banco del comedor, tocar las literas en que durmieron, pasar por la dependencia donde eran examinados, y por la misma



ventanilla, donde ellos compraban el billete de tren para desplazarse a su lugar de trabajo. Una exposición de fotografías señala los distintos trabajos, a que se destinaba a esta buena gente procedente de todos los países de la tierra. Además, se dispone de centros de información donde puedes localizar los datos personales de cada uno de los 25 millones de inmigrantes, que arribaron a Estados Unidos en esos años. Sinceramente, respirando el ambiente y contemplando las fotografías masivas, te entra un sarpullido y la emoción se deja sentir.

Antes de llegar a la isla *Ellis*, el ferry nos llevó a la isla de la Libertad, donde se alza la estatua de la Libertad, donada por los franceses: impresionante. Mide noventa y tres metros desde la base hasta la antorcha.

En esta zona, de la desembocadura del río Hudson, todo es inmenso: torres que luchan, entre sí, para apoderarse de más y más espacio de universo. Entre aquellas moles de arquitectura poliédrica, se nota un hueco, un solar vacío, donde se alzaban las *torres gemelas*, las más altas de la ciudad, de 110 pisos. Este es el mundillo de las finanzas. Cada magnate luce su fortaleza, su poder, su influencia, entre calles estrechas, porque hay que aprovechar el suelo y el cielo. Es lo que llaman *Wall Street*, donde se encuentra la bolsa, el Banco de Reserva Federal, la iglesia de la Trinidad, y el símbolo de *Wall Street*, *el becerro de oro*, crecido ya y convertido en un buey de bronce, símbolo de la codicia de los grandes depredadores del mundo.

boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador

Eutimio Cuesta Hernández
Diego Losada Cosmes
Fernando Cuesta Martín
Ramón Zaballos Bueno
Juan Manuel González Hernández
Ángel Blázquez Taboada
José Luis Rivero del Campo
Juan Bautista Blázquez
Cristóbal Martín Bueno
Gerardo García Cuesta
M^a Teresa Nieto Bueno



Cuentas corrientes
Caja Duero:
2104/0012/60//300001166-1

Argentaria/BBVA:
0182/3700/19/0208786324

Cooperativa Macotera "Sección de crédito":
5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Maqueta, fotocomposición e impresión:

COPISTERÍA OPE
PASEO CANALEJAS, 20
37001 SALAMANCA
923 26.42.73

Dirección de la Asociación:
Boletín Informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA
C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA
Teléf. 923 25 20 12

asocumacotera@yahoo.es

En New York, todo es monstruoso: cuando se dice todo es todo: lo positivo y lo negativo; lo bueno y lo malo; lo limpio y lo sucio; lo humanizado y lo deshumanizado... Habitan personas procedentes de todo el mundo: africanos, sudamericanos, asiáticos, europeos, macoteranos... Y, por lo tanto, se practican miles de creencias y culturas. Eso sí, se respetan todas y se respetan todos.

Un domingo, dedicamos la mañana a visitar a algunos de los servicios dominicales de determinadas y renombradas creencias religiosas. Nos desplazamos al barrio de *Harlem*, entramos en una iglesia Bautista; (esta secta sostiene que el bautismo debe ser administrado por inmersión completa y sólo a personas que han llegado al uso de razón); pero nosotros no íbamos a debatir sobre sus cosas, sino que deseábamos disfrutar con sus ritos y cánticos sentidos y acompasados y con sus bailes rítmicos, con que los fieles negros manifiestan su gratitud a Dios por los bienes recibimos; me fijé en la inscripción de una de sus vidrieras "Me misit evangelizare pauperibus" (Me envió a evangelizar a los pobres). Comprobamos, por la colecta, que esta iglesia es sostenida por los propios feligreses.

De allí, nos acercamos a la catedral anglicana de New York, la catedral más grande del mundo. Mide 180 metros de largo y 45 de ancho. Todas las iglesias y catedrales son modernas, de la segunda mitad del siglo XIX, que intentan imitar los distintos estilos de las iglesias y catedrales europeas. Pues bien, llegamos en el

momento, en que se celebraba la Eucaristía. Se alternaban en el canto tres corales: una de niños, otra de jóvenes y una tercera, formada por adultos. Se trataba de una misa de tres, y la oficiante era una mujer. Como sabéis, la iglesia anglicana conserva casi todo el rito romano, salvo la obediencia al Pontífice, al que llaman obispo de Roma, reemplazada por la autoridad del rey. Esto es así, desde que Enrique VIII promulgó el Acta de Supremacía (1534): sublevación y separación de la iglesia de Roma, porque el Pontífice se negó a anular su matrimonio con la reina española doña Catalina de Aragón, tía de Carlos V.

Por fin, nos dirigimos a la catedral católica de san Patricio; suntuosa como todo recinto religioso de la ciudad. A la puerta, había una limosina de las grandes; se iba a celebrar, a continuación, una boda, y la novia esperaba escoltada por un racimo de damas, elegantemente ataviadas, con sus respectivos ramos de claveles. Se trata de un templo amplio, con capacidad para 2.400 personas sentadas.

En el terreno cultural, la grandiosidad también es desmedida, pero muy bien organizada: sus museos están enriquecidos con elementos de todas las culturas, estilos y piezas artísticas. Tuvimos tiempo de visitar el Guggenheim, un edificio construido en forma de concha, que es lo más interesante de su contenido; el Museo de Arte Moderno: una verdadera muestra en

el que tienen representación los mejores artistas contemporáneos con sus respectivas y geniales obras; como es natural nos paramos a contemplar y admirar a los nuestros: Picasso (Las señoritas de Avignon), Juan Gris, Miró, Dalí... El Museo Metropolitano, donde tienen sus espacios Goya, Velázquez, Ribera, Zurbarán, Murillo, El Greco; donde cierran un gran vano las rejas de la catedral de Valladolid y se guardan restos de frescos del monasterio de san Pedro de Arlanza. El Museo Americano de Historia Natural: impresionante, sobre todo, la visión y estruendo de la sala Cullman del Universo, que describe la formación del planeta tierra y su satélite, la Luna.

Para ver una vista panorámica, asombrosa, fascinante, de la ciudad, hay que subir al *Empite State Building*, de noche. Era el edificio más alto de New York, de 106 pisos, una altura de 443 metros, pero la primacía se la llevaron las tristemente célebres torres gemelas. Desde su aguja, King Kong da zarpazos a los aviones americanos, que intentan atraparlo. Desde aquí, la ciudad te produce la sensación de una exposición de joyería con miles de piezas de pedrería de los más variados colores y brillos. Deslumbra y embellece el alma tanto abanico de luz, de figuras exóticas, de duendes escondidos entre los rincones de sombra. No exagero nada, quien lo haya visto, se habrá traído la misma sensación.

Para ver New York, en su salsa, hay que patear mucho, e ir con alguien que conozca, al dedillo, sus vericuetos, porque te enseña hasta lo más inverosímil, porque, en la ciudad, hay



cientos de barrios y cada uno con sus características y singularidades, debido a las gentes dispares que lo habitan; pero, entre tantas cosas, merece darse un paseo por el Central Park, un parque de 340 has, donde asesinaron a John Lennon, y donde las mozas y las familias toman el sol en sus grandes praderas, y las canchas deportivas se salpican por doquier, y como protagonista, la ardilla: abundan por toda la ciudad, y también vi el pardal, pero tiene menos miedo que el de Macotera. El puente de Brookling. Los grandes almacenes y tiendas de la 5ª Avenida. Entramos en Tiffany, ¡qué joyas! La plaza de "Times Squase", con las fachadas de sus edificios tapizados de luminosos multicolores, allí se alza la estatua del Padre Duffy, un cura patriota, que nos dio de firme a los españoles en la guerra de Cuba, al contemplarla recordé la canción, que me cantaba mi abuelo cuando íbamos al huerto de la Huelga: "España ya no eres tú/lo que en otros tiempos eras/ perdiste la Habana entera/ Buenos Aires y el Perú..." "No digamos nada, porque no nos salen las palabras, del teatro de la Ópera de New York. Mucho del Rococó. Vimos un espectáculo de ballet, en el que bailaba Ángel Corella, un madrileño.

No da más de sí la página, pero merece la pena cruzar el charco aunque sólo sea por unos días; lo peor, el horario: cuando allí se levantan, nosotros estamos comiendo.



Los inmigrantes desembarcan en la Isla de Ellis



Excursión de algunos residentes en Peña de Francia



Ramiro pone en marcha en Macotera una sucursal de Seguros



Mateo Arévalo, un desconocido, Pedro Cajarines y Alfonso Mocete



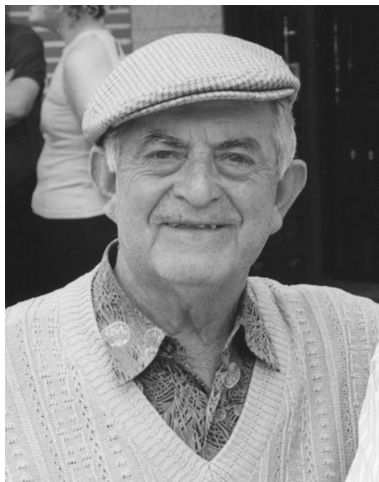
Mayordomos de la Virgen de la Encina, 2008



Los niños también tuvieron su oportunidad; de esto hace tiempo.

A Juanito "Chachín"

RÉQUIEM AETERNAM



Hoy es Miércoles Santo, te escribo estas líneas escuchando el Réquiem de Mozart. La mañana es gris y las calles están calladas, los comercios y los bares están cerrados. He comprado el periódico en el único quiosco que queda abierto y leo la noticia de que tu admirado cantaor de flamenco, Chano Lobato, ha muerto.

Lo doloroso no es morir, lo doloroso es morir sin gloria. Tu gloria comienza con la prematura muerte de tu padre dejando ocho retoños a la deriva, en el naufragio de la vida. Y tú, gobernando el timón del barco, saliste a navegar por las empinadas cuestas de la subsistencia. Primero fue el campo, la fábrica, después tus manos de bramante, lezna y martillo, que con ellas urdías el fino tafilete; luego Standard, en los madriles, por pura casualidad.

Yo te conocí en los albores de tu madurez: Cuerpo erguido, menudo, con visos de no crecer; espíritu de avispa, trajeado a medida con atuendo de pasarela, cazador de jornadas intermitentes, al acecho de la pieza no cobrada, jadeante en el cómodo hito acariciando a tu perro bretón. Ya no eran tiempos de pan negro, sino de solera de vinos, de cofrade en corrobilas y peñas, de contar jocosas anécdotas. Tiempos en que tu gracia y tu casta rezumaban por los bolsillos de tu chaqueta.

En Macotera, construiste la estancia sobre la vieja casa y el corral de tu tía Adelaida, cuando ya no había cura en el campanario, ni sotana, ni relicario. En Madrid, el mesón de la Plaza Bami, donde cenábamos después de ver los toros en las Ventas, y donde, con aquel afilado cuchillo, acariciabas lo sucedáneo de la bellota.

Año tras año, tus carencias físicas entumecían tu corazón en vilo. Fuiste hinue de hierro que crujió machacado por el tiempo. Vida con procesión de impedimentos, que constantemente emergían y eran como rejonos que ajaban tu delicado estado. Polvo y polvo en el camino, que tamizaba la claridad de tu sonrisa, pero que limpiabas con el viento de tu soplo y, al momento, sacabas la casta de tu interior y entonabas el cante de la soleá.

Además, un día, la flor de Rosa, tu esposa, se marchitó por una maldita enfermedad, a la vez que el polen iba atascando las tuberías de tus pulmones, y sumido en el letargo de tu ser, paseabas por la línea del abismo con aquel sombrero negro raído que esculpía tu diminuta cabeza.

Y por fin, con tu hermano Felipe comenzaste una carrera de obstáculos, pero él llegó unos días antes a la meta de la muerte. Réquiem aeternam.

Jerónimo Salinero

Juanito Chachín

Un personaje de la fiesta de san Roque

Si repasamos la historia de los sanroques, en todas las épocas han aparecido personajes, que han contribuido con su presencia, con su ingenio, con su valentía, con su riesgo y con sus miedos a su realce y enriquecimiento. Todos recordamos a figuras que se dejaron ver en el ruedo, en los encierros, en las dosis de miedo, en la anécdota ingeniosa, en el gracejo, en la seriedad de la parodia callejera, en la bulla, en el alboroto y en la gamberrada desabrida... Sus nombres figuran ahí escritos en los legajos de nuestro recuerdo.

Y, entre estos personajes sanos, de mirada limpia y pícara como su corazón, se hallaba Juanito el *Chachín* y su sombrero raído, pringado de mugre y roto, que no se desprendía de él ni para dormir, (si llegaba a dormir alguna hora durante los tres o cuatro días de san Roque). Él decía que la noche del día de la Virgen era la más grande y entrañable de la fiesta. Se la pasaba de tertulia en tertulia: ora en la peña del Cencerro, ora en la cochera de José Antonio *Gumersindo*, donde su propia peña tenía su guarida: José Antonio, Ramiro, Damián, don Primi, Enrique, Juanito..., y muchos más, que ahora no recuerdo. Casi todos fallecidos.

Juanito *Chachín* era el centro, no porque se sintiese más ni menos que nadie, sino porque su sino era alegrar la vida a los demás, contribuir con sus valores a que la fiesta fuese una fiesta de todos, donde reinase la armonía, el divertimento sin molestar a nadie; por eso, se le notaba siempre repartiendo gracia, chiste, alegría, anécdota y cante roto y profundo, de sentimiento, que él consolaba con un trago de vino.

Siempre venía unos días antes de san Roque, para coger sitio, como era costumbre, como se hizo siempre, para poner las escaleras, los carros, los huecos del burladero, para entrenarse en las terrazas, en la barra del bar, para compartir el saludo con sus amigos y paisanos; para patear el pueblo y disfrutar con las novedades.

"Juanito de dura crin/moreno de verde luna/ voz de clavel varonil/¿Quién te ha quitado la vida?"

Juanito el Chachín este año no vendrá a san Roque. Lo echaremos de menos, pero seguirá presente en nuestro recuerdo, y seguiremos escuchando, la noche de la Virgen, su anécdota vieja, su chascarrillo, su cante grande y sentido, y evocar los gracejos del tío Cone y la canción del tío Berbique:

En casa de la Maeta,
Ya Maíto ya no sale,
porque dicen que no vienen
san Roque y los carnavales.

Rutas para vivir

El Desfiladero de las Xanas

Desde el fondo del valle, Villanueva nos contempla impasible, a medida que nos vamos alejando, ascendiendo por el empinado sendero. Un pequeño canchal pone trabas a nuestra marcha, y yo aprovecho para tomar el aliento después de la empinada cuesta. El sendero da un giro para desembocar en un túnel: unas fotos ponen recuerdo a tan bellos paisajes. Lentamente, seguimos ascendiendo por el desfiladero entre vueltas y revueltas, parando de vez en cuando, para hacer más fotos. Apoyado en las paredes del sendero horadado en la roca, para evitar el vértigo, me asomo al paisaje y, a pesar de todo, dejo volar mi imaginación extendiendo mis brazos para surcar el desfiladero, como águila llevada por el viento. Voy recorriendo cada punto de cuanto me rodea, la naturaleza se nos muestra pródiga y multicolor, vistiendo con fondos verdes las montañas que se estiran pretendiendo tocar el azul celeste: madroños, alisos, cornicabras, castaños, tejos, espinos, encinas, hayas...se reparten el territorio alternando con los calizos roqueños. En la cercanía, las flores van poniendo un colorido variopinto, como caprichosas pinceladas, completando este hermoso cuadro.

Nos encontramos en el Desfiladero de las Xanas, una de las rutas más bonitas asturianas, y considerada por muchos semejante a la famosa Garganta del Cares, aunque de menor recorrido. Parece ser que esta senda fue tallada en la roca hacia los años cincuenta, con la intención de comunicar los pueblos pertenecientes a tres municipios: Quirós, Proaza y Santo Adriano, pero las obras no llegaron nunca a finalizarse, y ahora nos queda una hermosa senda para poder disfrutar de la naturaleza. El Desfiladero de las Xanas fue declarado Monumento Natural por el Principado de Asturias, en Abril de 2002. El nombre de esta ruta se debe

a las "Xanas", hadas de pequeña estatura que habitan en zonas del litoral del norte de España y que se entroncan en la mitología asturiana. Los afortunados, que las han visto, declaran que son mujeres de una extraordinaria belleza, con una larga cabellera rubia, que pasan gran parte de su tiempo peinándose al lado de fuentes, ríos y lagos, aprovechando las aguas cristalinas como espejo. Poseen muchos tesoros y hacen ricas a las personas que las desencantan. Según cuenta la leyenda las Xanas tienen hijos llamados "xaninos", que, a veces, cambian por bebés humanos, aprovechando el descuido de las madres cuando bajan al río a lavar la ropa. En otras ocasiones, se enamoran de afortunados humanos, que son atraídos por sus hermosos cantos, obligándoles, de por vida, a mantener el secreto de sus orígenes, pero, según ciertos relatos, los aspirantes al desposorio, antes de unirse a las Xanas, han de pasar la prueba de deshilar una madeja de hilo de oro sin cortar el hilo; si el hilo se rompe, o no hay casamiento, o el pobre humano acaba trágicamente, en el fondo de las aguas.

Técnicamente, esta ruta es considerada de nivel bajo a pesar de las dos cortas y duras subidas, que tiene una al principio, y otra, sobre todo, la del final si la realizamos por las inacabables traviesas a modo de escalinata. Sus aproximados 7,5 Km. entre la ida y la vuelta, la hace accesible para todos aquellos, que deseen disfrutar de sus maravillosas vistas.

Para realizar esta ruta, tenemos que acercarnos hasta Villanueva, capital del concejo de Santo Adriano. Podemos hacerlo desde Oviedo, tomando la dirección Grado/La Espina hasta Trubia. Allí, enlazamos con la AS-228 que nos lleva a Tuñón y, después, hasta Villanueva. Poco antes de esta localidad, a nuestra izquierda, hay un área recreativa con aparcamiento, donde podemos dejar el coche; al lado del "Bar Las Xanas" o de la carretera que va a Tenebreda, que es el comienzo de nuestra andadura.



Tras unos doscientos cincuenta metros por la empinada carretera, nos encontramos, hacia la derecha, con el sendero (señalizado) del verdadero comienzo de la ruta. Para no variar, el camino se endurece para tomar altura; el paisaje, cada vez, es más hermoso y Villanueva, valle abajo rodeado de montañas, se aleja lentamente invitándome a hacer unas fotos; a nuestra espalda, dejamos el valle de Proaza y los montes que separan Teverga, de Quirós.

Al poco de comenzar, atravesamos un pedrero antes de entrar en el desfiladero; el camino, excavado en las rocas, discurre por la margen derecha del río Viescas o de las Xanas, que oímos correr por el fondo de la garganta, pero que no vemos. Aunque el sendero es estrecho, en algunas zonas, tiene cuerdas de protección para agarrarse. A veces, oímos las cabras que pastan por encima de nuestras cabezas, pero, por más que miramos, no las vemos. Un pensamiento pone la intranquilidad en todo mi ser: ¿Y si se cayera una cabra? Tal vez, a nuestro pesar, podríamos terminar arrastrados al precipicio. Cruzamos dos túneles para encontrarnos en una ladera del desfiladero, tomo un poco de agua y aprovecho para aligerar ropa, que me empieza a estorbar.

Poco después el río Bisecas, se hace presente, en pequeños rápidos visibles entre la arboleda, estamos atravesando un bosque de hayas dividido por el río, que terminamos cruzando por un bonito puente de madera. El final del trayecto está próximo, pero, inopinadamente, el camino se divide en dos senderos sin señalizar: el de la izquierda baja hacia el cauce del Viescas junto a las ruinas de un antiguo molino, y el de la derecha sube mostrándonos innumerables traviesas, que se pierden por las alturas. Ante la duda, cogemos éste último, pues habíamos leído que esta parte la habían hecho para evitar pisar las praderas. Después de una inacabable cuesta rompe piernas y tras una vuelta, se nos muestra hermosa y acogedora la ermita de San Antonio de Pedroveya, donde nos tomamos un respiro.

Al fondo del camino, en bajada, nos espera el pueblo y para más señas el restaurante de Casa Generosa, que hace honor a su nombre con su succulenta fabada y su famoso arroz con leche.

El regreso lo realizamos por el sendero, que atraviesa la pradera que está al lado de la ermita de San Antonio de Pedroveya, y que termina desembocando en las ruinas de antiguo molino, pues es más corto el trayecto.

Junto a la ermita, existe un famoso tejo (texo), árbol sagrado de los celtas y considerado árbol de la vida. Es tradición realizar un conjuro y pedir un deseo. Para ello, nos hemos de colocar alrededor del texo, apoyando la palma de la mano izquierda sobre el árbol y la mano derecha en el pecho, cerrando, fuertemente, el puño, para que la energía, que fluya del texo, no se escape; finalmente, con los ojos cerrados se pide un deseo. Por cierto, este tejo está infectado por una seta preciosa de color azufrado: el *Polyporus sulfureus* o *Laetiporus sulfureus*, es una joya más del camino y, por tanto, la hemos de proteger lo mismo que al tejo centenario.

Hemos de tener mucho cuidado en el sendero cuando nos cruzemos con otros caminantes, dada la estrechez del camino. Es muy peligroso arrojar piedras o cualquier objeto al río que no vemos, pues puede haber excursionistas haciendo barranquismo. Antes de comenzar la ruta, podemos coger agua fresca en la plaza de Villanueva.

Por cierto, dicen que, si te encuentras con una Xana, hay que pronunciar las siguientes palabras mágicas: "Toma la mía pobreza; ¡Dámela tu riqueza!"

Nuestro correo: rutasparavivir@yahoo.es

Gerardo García Cuesta



El trillique

Tranquea el carro calle del Camino de Peñaranda arriba. Guía la yunta el señor Manuel, con la "aijá" al hombro y marchando, a paso de procesión, delante. De vez en cuando, se vuelve y acaricia con el hierro la testuz de los animales. Los compró aún no hace un año, por San Mateo, en el Teso, al otro lado del río, donde se mira con la humildad de haber cumplido siglos la torre del Gallo, la cresta de la vieja catedral románica. Era la mejor pareja de bueyes del campo charro. No había tenido que pasar por la Caja, la cosecha de aquel año había sido excelente. Al decir de los labradores "no había estado mal". Después de cruzar la carretera de Alba y remontado el primer repecho, se subió al pescante y dirigió la pareja desde, eso que él llamaba, la tribuna. Iban a La Verdina. Dos horas. Eran las cuatro y media de la mañana. Cada paso de los mansos duraba un segundo. Las patas hacían de segundo. Arrebujado, hecho un ovillo, como si todavía estuviera en el vientre de su madre, a espaldas del amo, en la caja del carro, iba el trillique. Helado de frío, sin placenta que le cobijara. Con el jersey subido para taparse las orejas y la nariz, "engarañao", con las rodillas pegadas a la barbilla, tapando con los brazos la piernas, desnudas desde las alpargatas a las bocas del pantalón corto. Era su primer día de trabajo. Le habían contratado de trillique. Tenía nueve años recién cumplidos. El señor

Manuel, el amo, quiso que se estrenara con él. El otro carro, tirado por la pareja de mulas, con el "criao" y otro mozo, iba camino de Valdesalegas.

No había sido fácil contratar al pequeño Antonio de trillique. El maestro no quería de ninguna de las maneras. Andaba bien en la escuela, y le daba pena (y hasta rabia) que lo dejara tan pronto. Hizo toda la presión que estuvo a su alcance. La

situación se puso tan tensa que el padre, que era un buen hombre, y pacífico hasta donde los haya, se había visto obligado de decir "en mi casa mando yo". Había dado una palabra y es de hombres cumplirla. El año, en que nació el muchacho, Serafín servía como mozo de labor en casa del señor Manuel. La conversación que tuvieron, al volver del alumbramiento, fue: ¿Qué ha sido muchacho o muchacha? Un niño, señor Manuel. Ya tenemos un trillique, replicó el amo. Ahora, el señor Manuel le necesitaba. Él también se defendía: Serafín había empezado de trillique a los nueve años.

Un trillique era un chico para todo. Un aprendiz de mozo de labor. Y si alguna de las hijas de algún labrador del pueblo, se

enamoraba de él, llegaría a ser labrador. El oficio lo sabía. Al revés, no siempre resultaba; o sea, si él se enamoraba de la labradora puede que no saliera la jugada.

Ir a acarrear suponía recibir y colocar los haces que el amo o criado levantaban con el pico y depositaban en la caja del carro. Un carro de bueyes con barcinas cargaba alrededor de 140 haces de trigo o cebada. Un haz pesaba unos 20 kilos. Ese era el trabajo de estreno que le esperaba, ese día, al pequeño Antonio, de nueve años. Estaba fuerte. Se habían criado con el pecho de su madre y, después, con harina tostada y leche. A él lo que más le gustaba, de chiquinín, era las sopas hechas en la sartén, preparadas con agua y una lágrima de aceite. También estaba muy ricas las hechas con caldo del cocido y pan. La madre se las metía en la boca, las templaba, las volvía a la cuchara y después se las daba al pequeño, como los pajaritos, pico a pico.

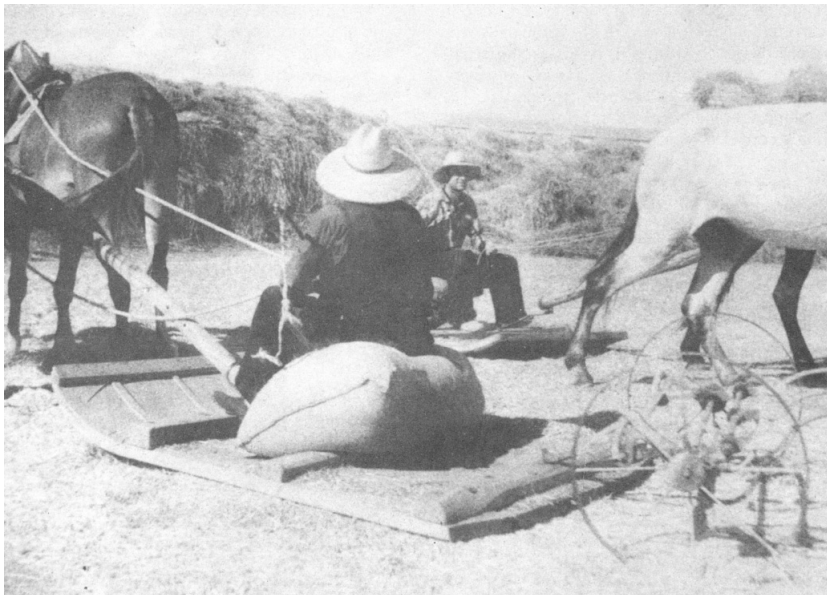
Eran las seis cuando llegaron a La Verdina. El señor Manuel despertó al trillique. Se había dormido, nada más subir al carro. Se desenredó como cuando se hace una madeja. Se estiró y se restregó los ojos y vio la luz de la mañana que venía de por Salmoral. Poca, como si el sol a esa hora, no pasara de los 25 vatios. Había bultos aquí y acullá. Saltaban, se movía de un lado para otro, giraban, iban agachados como al atisbo y

daban como saltos al modo de los canguros. Se quedó eclipsado mirándolos. Después supo que eran los segadores. Comieron un cacho antes de empezar la tarea. Un torrezno metido entre el pan. El amo dio un par de tientos al barril del vino, él bebió agua del otro barril. El vino y el agua estaba fresquitos de ir en el cesto con paja, colgado del eje del carro.

De vuelta a las eras, el reloj pasaba de las diez.

Antonio había vuelto a dormirse. Esta vez sobre el mullido lecho y el calor de las pajas. Se deslizó como un gato desde lo alto de las barcinas, se montó en el burro de un salto y fue, a donde ya la había mandado el amo, a buscar el almuerzo. Preparado lo tenía la señora Manuela, que así se llamaba el ama, quien, además, le obligó a comerse una rosquilla de las que estaba preparando, sentada en la silla baja junto a la lumbré. Almorzaron a la sombra del carro en el que había traído la mies de La Verdina y que aún no habían descargado. En el parva una pareja de mulas (la titular y una suplente) arrastraban el trillo, conducidas por el abuelo de la familia.

Ese día no se acarrea más. Las eras estaban llenas de haces.



Los tres hombres se pusieron a descargar el carro y a preparar otra parva para los bueyes. El trillique volvió a montarse en el burro camino de casa del amo para devolver las fiambreras y los sobrantes del almuerzo. Cogida del ramal, llevaba una de las mulas que había perdido una herradura en el viaje a Valdesalegas. Dejó la acémila en el herrador y, mientras la ponían a punto, se acercó a la huerta a recoger tomates, cebollas y pimientos, por mandato del ama. De regreso a la era, ya era hora de comer. En el trillo, se sentaba, a esa hora, la hija mayor del amo. El abuelo se había ido a reponer fuerzas y a dormir la siesta. Ellos también lo hicieron después de dar buena cuenta del cocido, a la sombra de la hacina más alta. Me lo comentaba el poeta latino Virgilio "a esta hora, hasta el ganado busca el frescor de la sombra. A esta hora, el lagarto se esconde entre los zarzales". (2ª Égloga).

Como a las cinco, se levantó un viento muy guapo, que decía el amo. Había que aprovechar, el "criao" y el mozo se pusieron a aventar, el amo empezó a dar la vuelta a la parva de las mulas que ya estaba muy trillada por esa cara. El pequeño Antonio volvió a montarse en el burro en busca de los costales y de las medias y celemines, para almacenar el trigo que iban quedando limpio, una vez aventado y cribado. El sol se iba, las sombras de las hacinas, de los carros, de las personas eran cada vez más y más alargadas. Cenaron todos juntos en la mesa grande de la cocina. El ama y las hijas, eran tres muchachas, lo habían hecho antes, para así recoger y fregar. Cuando el trillique llegó a su casa, eran casi las once. Tenía que levantarse a las cuatro. Se tumbó en el banco de la cocina y se quedó dormido. Su madre le desnudó y le llevó en brazos, muy apretado a sus entrañas, a la cama.

Habían pasado más de veinte días, desde que empezó a cumplir su contrato de trillique, y todavía no se había montado en el trillo. Allí trillaba todo el mundo, menos el titular. El abuelo, el hijo del secretario del Ayuntamiento, que estudiaba en los curas, estaba de vacaciones, se aburría y daba la matraca, porque quería dar vueltas en la parva, como si estuviéramos en la ferias. Las hijas del señor Manuel venían, algunos días, con un pañuelo a la cabeza que las tapaba hasta el hocico, igual que, cuando vinieron los comediantes a la plaza a hacer una obra que se titulaba "Las segadoras". A otro estudiante, sobrino del ama Manuela, también le gustaba dar vueltas en el trillo., como si fuera un tiovivo. La que no volvió a aparecer por la eras fue la pequeña Beatriz. El trillique la echaba mucho de menos. La conocía de verse en el recreo de las escuelas. Tenían la misma edad. A él le daba mucho gusto ver sobre el trillo a Beatriz, siempre estaba sonriendo, su sonrisa sonaba como los pájaros, cuando pasaban con el acarreo por la Alameda.

Ocurrió que un día, a la pequeña Beatriz se le espantaron las mulas y se salieron de la parva. El trillo quedó destrozado al rozar las piedras de éste con las del suelo de la era, que había enlosado, antes del verano, el mejor empedrador del pueblo,

el tío Diego. Aun conociendo ese peligro, había que hacerlo, porque, si no, se levantaba mucho polvo y se mezclaban los granos con la tierra. El disgusto de la familia fue grande por el peligro que corrió la pequeña, más que por el dinero, que no faltaba en aquella casa.

Como él era el trillique, el amo le llevó con él a la Plaza Mayor, en los portales de las Carrolas, a comprar un trillo nuevo al hombre de Cantalejo, en la provincia de Segovia. Los de ese pueblo eran los proveedores de toda la región. Compró el mejor, como lo hacía con todo el señor Manuel.



Se terminó el acarreo y las labores se hacían todas en las eras. El trillique no paraba, llevaba los ganados a abrevar un par de veces al día, los encerraba en las cuadras por la noche e iba a buscarlos por la mañana. Cuando terminó la trilla, los llevaba al prao, al herrador. Casi todos los días se acercaba al huerto a buscar verduras y frutas para el ama. Los granos se guardaron en las paneras y la paja, en los pajares. Una de las cosas que más le gustaba al trillique era meterse en el pajar con un gario y distribuir la paja que entraba por el bocín. Escurrirse, rodar hasta llegar al suelo y volver a subir, era una gozada.

Cuatro días antes de las fiestas patronales, se terminó la recolección en casa del señor Manuel. Era sábado. El padre del trillique también había terminado sus tareas, aunque él estaba contratado para todo el año y más, si había conformidad por las dos partes. Por la mañana temprano, la madre del trillique, la señora Josefa, le cogió, se le llevó al corral, había llenado un barreño con agua del pozo y puesto al sol, le desnudó y le restregó bien restregado con un estropajo y jabón, del que hacía ella misma con sosa y grasa. A las doce, habían quedado con el amo para que fuera a cobrar su soldada de trillique. Un costal de trigo. La señora Manuela sacó mantecados y pastas, el amo subió una jarra de vino de la bodega. Estaba toda la familia, Beatriz también, con su sonrisa sonando como los pájaros de la Alameda. En la calle, un grupo de mozos y mozas, ya enfiestados, cantaban: "Los labradores en el verano tiran la paja, ¡y olé! y guardan el grano".

Un matrimonio macoterano recibe el premio nacional de natalidad



En estos años, en que las familias suelen tener uno o dos hijos escasos, la noticia de que un matrimonio macoterano llegase a tener quince hijos y tres abortos, es una gran noticia; y lo era, incluso, en la época, en que ocurrió, a pesar de que eran muy frecuentes las familias de siete o diez hijos.

El padre, cuando nació, salió muy moreno; y la madre le mimaba llamándole el "mi morenín", el "mi morenín", y se quedó con este apodo, aunque en la pila le pusieron el nombre de José Antonio. Seguramente, son muy pocos los que saben que el señor Moreno el Pondera, se llamaba José Antonio.

El señor Moreno se casó con la señora Antonia Walias, hija del tío Lorenzo el Pipi; el tío Lorenzo dicen que era muy alto y usaba sombrero; y como todos los Walias se dedicaba al negocio de la lana; le tocó ir a la guerra de Cuba, y lo dieron por desaparecido, pero un día tocó a la puerta una persona, quien resultó ser el tío Lorenzo de siempre, alto, con el mismo sombrero y que masticaba un habano.

La señora Antonia salió quince veces a misa, y hubiese tenido que salir dieciocho, si no se le hubiesen malogrado tres, que no pudieron ver la luz; quince velas llevó a san Ramón Nonato, (no nacido), sobrenombre que se le dio a este Santo catalán, porque nació de una cesárea, muriendo su madre en el parto; y, desde que lo hicieron Santo, se convirtió en el Patrón de los partos, niños recién nacidos y embarazas; en la iglesia de Macotera, san Ramón se encuentra en el altar de Jesús Nazareno. Yo no sé si las madres siguen con la costumbre, y si sigue la costumbre de salir a misa, llevar la vela al Santo y ponerlo bajo su protección. Con relación a esta tradición de los cuarenta días, sin salir de casa, hasta el día de la purificación, la señora Antonia tuvo un desliz y sin darse cuenta sacó un pie a la calle antes del cierre de la cuarenta, y el hecho le trajo molestias en la conciencia; para que se vea como se vivía y respetaba la vieja costumbre.

Algo que he conocido esta tarde y que no había oído nunca:

durante los cuarenta días, después del parto, los niños tenían que dormir con la madre, no en la cuna, para *sudarle*, no sé lo que significa eso de sudarle, quizás sea vivir al calor de la madre, hasta que el niño se acostumbre al nuevo ambiente en el que ha de desenvolverse y defenderse en la vida.

Cuando el señor Moreno y la señora Antonia se casaron, durante el primer año, vivieron cada uno en casa de sus padres, y, al segundo año, compraron una casa en la plazuela, que hoy lleva su nombre, donde nacieron buena parte de sus hijos y donde instaló la taberna, que sigue en pleno funcionamiento, y que sigue dirigiendo su hijo Morenín. Como la prole aumentaba mucho, se vio obligado a construir una nueva casa, próxima a la plazuela, en un solar que compró al abuelo Garrapo; creo que la casa la levantaron los hermanos Braulio: Juan Antonio y Laureano, y tuvieron la gran idea de solar el umbral de la puerta del corral con unas baldosillas, en las que figuraban las iniciales de los nombres de los hijos del señor Moreno; no de todos, pues aún no habían venido al mundo los más pequeños. Y, por si alguien no se lo cree, ahí van los nombres de los quince hijos de la señora Antonia: Gregoria, Lorenzo, Juan Francisco (+), Antonio, Isabel, María, Francisco, Vale, Alfonsa, Antonia, Celedonio (+), Casilda, Luisa, Emiliano (+) y Celedonio (Morenín): Todos, menos Gregoria, que dio a luz, asistieron, en 1956, a la entrega del premio nacional de familia numerosa, que les había otorgado el General Franco.

¡Os podéis imaginar las canastas de ropa que había que lavar! Su hija Gregoria, la mayor, se pasaba el día entero en el corral que el Moreno tenía en la calle Guarnicioneros; (en estas idas y venidas, Juanfra el hornero, estribado en la pared del corral de su padre, Eugenio, recibió su primer flechazo, que, después se convirtió en un soplamocos, que le dio la señora Antonia, por atreverse a besar a la novia ocho días antes de casarse); y, para no cortarse las manos de frío, transportaba calderos de agua del motor, para mezclarla con la que sacaba del mozo, y, para no perder ripio en la lavadura, su padre o sus hermanas le tenían que llevar la comida al corte; me cuentan de que cantaba el señor Juan el sereno las tres de la madrugada y todavía su madre y Gregoria aún estaban zurciendo camisas y pantalones, o bien hilando o bien tejiendo jerséis para tantos; pero, a pesar de tener tanta prole, nunca les faltó qué comer: se mataba el marrano de antuya y, por los Reyes, se hacía la matanza grande y se compartía la res con el tío Manuel Misiones o Antonio el Dulio; en una ocasión, se presentó la fiscalía en casa del tío Quico; había unos panes en el cesto, ¿de quién es este pan? De un señor de esta calle.

- Vamos a verlo.

El señor Moreno tenía a todos sus hijos sentados alrededor de la mesa. Preguntó el señor:

¿Estos son sus hijos?

- Sí.

- Vámonos, compañero.

Estampa y anécdotas



Esta estampa la tenemos muchos filmada en nuestra mente. Hace relación con la traída de los toros del corral a la plaza; esta operación se hacía unos instantes antes de comenzar la corrida de la tarde. Los mozos abandonaban sus burladeros y plaza, y subían la calle Peñaranda hasta la panera de Lucas el Perines; algunos se atrevían a más y llegaban a asomarse hasta lo del tío Juanancho. Se abrían las puertas del corral y un jinete sobre el montado, con su garrocha en ristre, citaba a los toros y a los cabestros, que, a la vez, se les azuzaba desde un carro y desde las tapias del recinto; la manada salía arreando detrás del caballo y caballero, quien, con su destreza y grandes dosis de valor, iba acompasando el ritmo de la carrera, cual buen director de orquesta, mientras los mozos bajaban desenfrenados camino de la plaza; había quien no podía más y se emparedaba en la pared o en unas portás o se embutían bajo la vara del carro; a la entrada de la puerta de la plaza, se organizaba el tapón, que, a duras penas, conseguía abrirse en abanico, buscando cada uno un cacho de guarida donde refugiarse; el caballista entraba en la plaza, encabezando el cortejo de bravos, y con un pequeño toque de su vara, dirigía a los cabestros hacia el centro del redondel, donde toros y mansos formaban un ovillo, mientras descabalgaba y guardaba su montura en el portal del Ayuntamiento, con la autorización de Custodio el portero habitual de la casa. Una vez, cerrado los novillos en los toriles, salía, de nuevo, y con su compañero, que venía arreándolos detrás, metían los caballos en el corral de la tía Servando, para realizar la misma operación al final de la corrida, o, para estar listos, en el caso de que las campanas tocasen a toro escapao, y había que salir presto tras el novillo, bien para avisar a los que aventaban el grano en la era o a algún distraído que había aprovechado la tarde para darse un paseo por el campo o para echar una gatariña en algún majuelo o melonar a merced de la soledad de las cosas.

Y, en cuanto al encierro por el campo, se cuentan mil anécdotas y se citan miles de personajes, porque la anécdota sin personajes no es posible, como pasa con la vida y sus circunstancias. En un pasaje de nuestros Cuadernillos macoteranos, se habla del año del globo; y, seguramente, lo recuerdan algunos, cayó en el tejado de la panera del Pósito, ocasionando un incendio,

con el correspondiente alboroto, como recordarás aquel encierro en el que aterrizó un helicóptero en las eras grandes. El año del globo ocurrieron varias cosas:

Lo del tío Diego el Sordín, que, andando por las eras del tío Gregorio el Adrián, llegó un toro, el tío Diego se tumbó en la pesebrera y el toro comenzó a lamerle la chaqueta, con el tufo del miedo, el novillo salió *espantao*.

Pascual *el Machaca* llama a un toro desde un montón de mies ya *trillá*, se va el toro a por él, se arruina la mies, y Pascual se mete en el toro, medio *embozao*, y el toro no conseguía dar con él, hasta que aburrido se marchó.

El primer año, que dieron los *Gabrielucos* los toros, se quedaron dos en las eras del tío *Chiquino*; la gente estaba subida en una hacina, empezaron a caer los haces y todos los tíos abajo: unos, a correr por un lado; otros, por otro, uno de ellos se encontró con uno de los toros de cara, se puso un haz de parapeto, ha pasado el toro y no le hizo nada.

Lo del tío Chan tuvo su gracia y su atraganto. Había un toro *emplazao* en lo de Bibiano; con un buey, lograron meterlo en las Aceras, por casa del tío Miguel el *Chapa*, el tío Chan tiraba de correa en las portás del tío Pedro el *Chiquino*; el novillo corría buscando pelea, iba con el buey y los caballistas detrás, achuchándoles con las varas. Uno de ellos se percató de la presencia e indefensión del tío Chan, dio de espuelas a su caballo, se puso delante, citó al toro, éste ha pasado y no le dio ni los buenos días al cazado en coretas; luego, la armó metiéndose en el corral de la casa de Paco el *Abuelito*.

Venían los toros del *prao*, camino de la Carrallano, para el encierro, y el bueno de Paco, el de la Almudena, esperaba en el huerto de Paco el Sucio, se pone delante de la manada: Le gritan: "Quítate de ahí que se te arranca el toro".. Él quieto... Se arranca uno y él se tira a la cañera, el novillo, al saltar, cae encima de Paco. Consigue llevarse el novillo un vaquero de Garcigrande, que había venido al encierro a echar una mano.

La empresa

Desde hace dos años, el Ayuntamiento ha delegado la organización de los festejos taurinos en una empresa; una empresa que conoce nuestra tradición, que la ha vivido de cerca y ha colaborado en su programación durante muchos años; por eso, sabe de nuestras tradiciones y de nuestras aficiones por el toro; la nueva organización intenta combinar lo tradicional con lo novedoso, y, en este sentido, procura, cada año, incorporar algún espectáculo, que pueda dar gusto a todo el mundo: a los de la grada y a los que les gusta matar el gusanillo de la afición.

No es, por lo tanto, necesario subir al Ayuntamiento el día de Santiago, a pedir toros, como antaño; los carteles ya están confeccionados desde hace tiempo, los toros escogidos y los permisos a punto. Sabemos que habrá verbena con churras el día 14; el 16, recortes y capea; el 17, corrida con la actuación de un matador y un novillero; el 18, corrida con rejoneadores y el 19, encierro por el campo, y vaquillas por la tarde; por supuesto, encierros mañaneros durante los tres días tradicionales.

Lo demás del programa es cosa de todos.

La mayordomía del Señor

El jueves de Corpus ya no brilla más que el sol, su brillantez se la ha cedido al domingo Sacramento, que, ahora, ejerce todas las funciones y solemnidades: las funciones y solemnidades de siempre, aunque el boato sea más discreto. Años atrás, el ser mayordomo del Señor daba mucho prestigio social y era, además, señal de posibles, de gozar de una cierta fortuna y de vivir en un notorio desahogo; pero, actualmente, las cosas han cambiado a mejor, y todo el mundo puede acceder a tomar las varas con la naturalidad de la igualdad y del derecho que acompaña al ser humano; hoy lo del prestigio queda a un lado, y se mantiene la devoción y la religiosidad a todo lo sagrado y

santo, que se vive y se siente desde las convicciones más íntimas y personales.

Siguiendo el guión de la tradición, la mayordomía del Señor se inicia el tercer domingo de julio con la misa "nueva"; y sigue con la celebración de la misa minerva y procesión con el Santísimo dentro del recinto de la iglesia, durante los terceros domingos de cada mes. Yo no sé si tú cono-

ces el porqué se llamaba Minerva esta misa y por qué se celebra el tercer domingo de cada mes. Lo de misa minerva viene de la iglesia romana de Santa María sopra Minerva, un templo cristiano levantado sobre otro pagano, dedicado a Minerva, diosa romana de la sabiduría; y lo de celebrarse la misa Minerva los terceros domingos de cada mes, tiene su origen en Tomás de Stella, un dominico, quien fundó (en 1539) la cofradía de la Minerva, que tenía su sede en la iglesia que hemos nombrado, (templo de Minerva), cuya principal característica era la defensa de la Eucaristía, y los cofrades estaban obligados a asistir los terceros domingos de cada mes a una misa con la exposición del Santísimo. Esta celebración eucarística se extendió por toda Europa y dio origen la festividad del Corpus, el Cuerpo de Cristo.

Los preparativos de la fiesta de más brillantez del calendario litúrgico se iniciaba el domingo de la Trinidad, el domingo anterior al Corpus; ese día, los mayordomos y muñidores recorren las calles del pueblo, por donde ha de pasar la procesión del Santísimo, para invitar a los amigos y familiares, a que se presen a instalar una mesa-altar en que pueda descansar el Señor durante unos instantes de la misma; el familiar o amigo acepta gustoso tal distinción y se esmera en preparar el altar con toda dignidad y galanura. El mismo domingo, los mayordomos y muñidores, acompañados por la música, visitaban a los enfermos; la víspera, al mediodía, y, al toque de oración, subí-

an con los músicos a la campanario y anunciaban con cohetes y música el comienzo de la fiesta.

En todas las mayordomías, el cohete anuncia algo grande y solemne; pero es, precisamente, en la función del Señor cuando lo majestuoso, el sentimiento religioso, lo ritual y el boato externo alcanzan lo sublime. Hasta la música de la dulzaina marca la diferencia. El Jueves de Corpus era un día brillante, de fiesta, de traje nuevo y de traje charro, que desafía al sol con sus filigranas y abalorios. Elegancia. Gracia, garbo y algo de altanería se conjugan para ensalzar la función más importante del calendario litúrgico macoterano.



De todos es bien conocido que la fiesta del Señor se compartía entre el Jueves de Corpus y el Domingo Sacramento: el Jueves de Corpus se hacía cargo del ritual el mayordomo de más edad; y el domingo, correspondía el protagonismo al más joven; eran días de mucho trajín, de muchos preparativos, de mucha elegancia y de mucha esplendidez. El día del Corpus

amanecía con galanuras especiales. La casa del mayordomo mayor se despertaba muy temprano: había que preparar el banquete, llevar los asados al horno, colocar en las bandejas los bizcochos y las pastas, llenar las jarras de vino dorado y clarete; después, los muñidores y muñidoras comenzaban el ceremonial: había que estrenar el traje él y ella, rodeada de damas, se embutía en el elegante y valioso traje de charra: con sus joyas, dengue, guantes y pañuelo del moco en la mano derecha. El muñidor, seguido por la música, salía de casa en busca del muñidor del otro compañero; los dos juntos pasaban a recoger a la muñidora; los tres, en cortejo, pasaban a recoger a la segunda muñidora. Todos juntos, encabezados por los dos mayordomos y con el acompañamiento de familiares e invitados, marchaban a la iglesia a la celebración de los actos religiosos del día. Ese día, se traía un predicador de solera; después de la misa, la procesión con el Santísimo por las calles principales del pueblo. Asistía y asiste todo el mundo. El pueblo vibra con la fiesta y comparte solemnidad.

El Domingo Sacramento, se llevaban a cabo los mismos actos, con la misma solemnidad; la única diferencia estaba en que la procesión se celebraba por la tarde y alrededor de la iglesia; como final, la entrega de varas a los mayordomos entrantes, Un acto lleno de emoción, en el que no faltan palabras entrañables y alusivas a la Eucaristía. En los últimos años, hemos visto como una familia se queda con las dos varas. La figura tradicional del compañero ha pasado a mejor vida.

La Asociación de Caballistas celebra su fiesta



El 20 de junio, sábado, fue el día elegido por la Asociación de Caballistas de Macotera para celebrar su fiesta; una fiesta en que se pretende, por una parte, convivir y pasarlo bien; y, por otra, resaltar la figura y lugar que el caballo, como compañero del hombre, ocupó y ocupa en las múltiples tareas que realiza. Si se homenajea al hombre por sus acciones, bien está que se reconozca el esfuerzo y la ayuda recibidos por los animales, y, en este caso, por la presencia del caballo en el quehacer del hombre.

Hoy parece que los animales, por la invasión de la máquina, ha perdido su protagonismo, pero siguen ahí aunque sea ahora como compañero de paseo o de relax del hombre tras sus duras tareas de trabajo, o como símbolo.

Nunca patearon nuestros solares tantos caballos como en la actualidad; de siempre, el disponer de un caballo era señal de privilegio, como lo fue posteriormente el coche y otros elementos que han ido surgiendo; antiguamente, el caballero sin su caballo no era nadie, rebajado a la calidad de vasallo; el caballo nos convertía en señor y nos capacitada por ocupar el puesto más relevante de la sociedad: el ser guerrero, combatir al Islam, nos permitía gozar de privilegio sociales, tales como desempeñar cargos públicos, y vivir exento de pago tributo. Todo un honor.

Dejamos este comentario y pasamos a contar que los caballistas, acompañados de la música de la dulzaina, muy de mañana, como si se tratase de una diana, anunciaban su fiesta, mientras engalanaban sus cabalgaduras y lustraban sus monturas y aperos; se congregaron en la plaza e iniciaron la procesión llenando de cascos las distintas calles del pueblo, cuyo eco invitaba a los vecinos a salir a la puerta a saludar a la comitiva; la ruta de los vinos es tradicional, es un ritual que no se puede soslayar, por lo que entraña de compartir algo tan básico como el vino y el pan, que une tanto a los hombres. Posteriormente, se celebraron una comida de fraternidad en uno de los restaurantes del pueblo, de menú no tenemos noti-

cia, pero debió ser suculento y variado, como lo demandan estos eventos; en la sobremesa, se refrescó el cante y me dicen que se bailaron sevillanas, yo no sé por qué se recurre tanto al folclore foráneo, cuando tenemos uno de los acervos culturales más ricos del país, pero bueno, hay gustos para todo.

Por la tarde, un paseo largo por la naturaleza, compartiendo bromas y anécdotas, hizo ganillas para culminar el día con la cena y una tertulia que duró hasta bien entrado el día del domingo.

Los caballistas disfrutaron de lo lindo, estuvieron juntos un día, compartiendo vida y sueños, y brindaron porque este día sigue celebrándose, cada año, con más calor y con más ilusión.

Ahora, a esperar otro acontecimiento que, ellos viven también con esperanza, el encierro a caballo por el campo. Sólo nos decir que san Roque reparta suerte.

SEBASTIÁN

Hombre de carne e inocencia, hombre del verbo y predicado, señor de su obra, obra de sudor y trabajo, Sebastián "el guindín", Sebastián en la eternidad, eternidad de su recuerdo, recuerdo de cura, "cura del pueblo", luchador de los derechos, señor del vino y el verbo, señor de su soledad.

Una eternidad no bastaría para recordarte, para enseñarnos que la humildad y la alegría es el don de Dios, el don de la humanidad. Mientras escribo vivo y vivo en el recuerdo de tu nombre, de tu obra de tu soledad, de tu humanidad, Sebastián "el guindín", señor del verbo, señor de predicado, hombre de Dios, hijo de Jesucristo, fe imperecedera en el recuerdo de tu nombre, nombre de santo, nombre de hombre, nombre de tu recuerdo, eternidad de tu susurro, mientras el llanto vive en tu muerte, en tu recuerdo; llanto por un hombre bueno, un hombre sincero. Caminaste entre barro y polvo, fuiste luz y guía del pueblo, predicador de la fe, señor de la nada, de la pobreza, pero rico, RICO HOMBRE DE ESPÍRITU, RICO SEÑOR DE LA PALABRA, y tu recuerdo recuerda el tiempo de tu vida, el tiempo de tu obra, obra silenciosa y oficiosa, obra de tu vida, de tu recuerdo, muerte de tu corazón, corazón de cielo.

Fdo. **Juan- Francisco Martín Sánchez "Cajarines"**

Un poco de viejo

Lo saqué de El Lábaro un periódico salmantino, que pasó a la gloria. Su autor don Gorgonio:

Fue la tercera corrida,
el martes de temporada:
un toro de Zamarrilla
del campo de Salamanca.

Un calor de no sé dónde,
que no rezaba en programa,
y un viento muy a propósito
para limpiar la cebada.

La plaza de bote en bote,
que no cabía ni un alma,
y allá en la sombra, en un carro,
la Catalina y la Juana,
y don Juan el Polinario
de presidente de tanda.

Las cuatro y media serían,
poco más o poco menos,
cuando el bicho penetraba
por en casa Macareno,
y salió Montemolín
jinete sobre su penco,
y los chicos de la murga
soplaron sus instrumentos,
y escuchamos una marcha,
que nos pareció un entierro,
pero que, según me dijo
Esperanza, se trataba de un
Tedeum.

Saludaron las cuadrillas al público y a la Presidencia, y sin más requisitos salió la primera fiera; era un hermoso novillo de tres años, embolado, bien puesto, de bonita estampa, ojo de perdiz, botinero y bailarín como él solo. Lo recibió con unas verónicas el Noveno, bien tiradas y, sobre todo, con arte, pero, a la salida de una larga, tuvo la desgracia de ser alcanzado por la res, que lo encunó arrojándolo sobre la arena; el Corrocho recibió palmas en unos quites admirables, que entusiasmaron al público y que hicieron gritar a la Pericacha desde su balconcillo doméstico:

"A Corrocho no le coge,
a Corrocho no le agarra,
Corrocho ya no es Corrocho
con el pantalón de rayas".

El bicho encontró abierta la puerta del Ayuntamiento, y creyendo que estarían de sesión los señores concejales, se coló de rondón, sin que nadie se atreviera a preguntarle dónde iba,

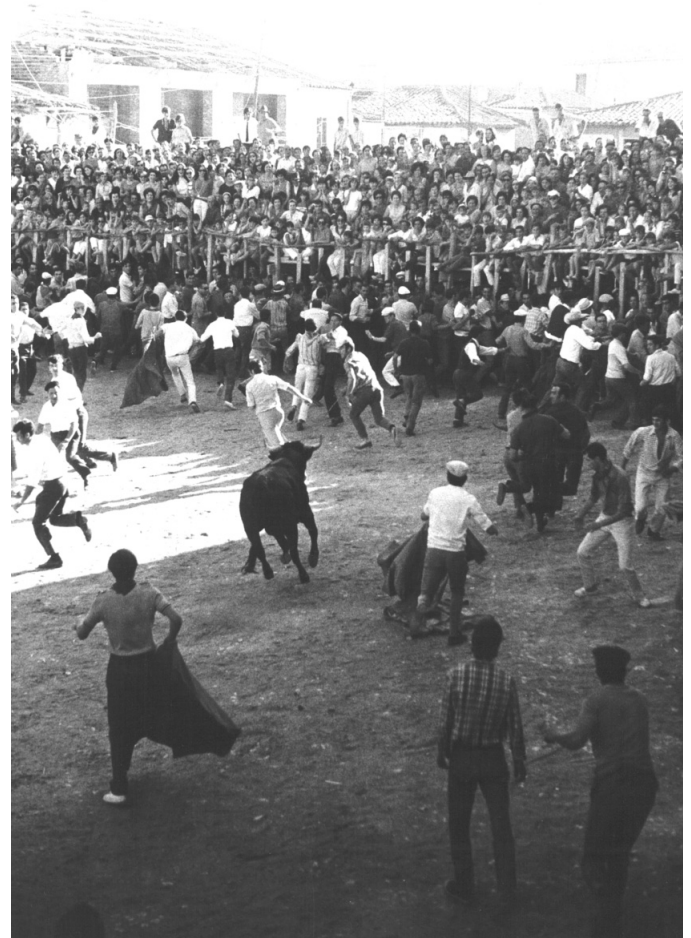
Y, al compás de la tocada,
con mucho garbo salieron
las elegantes cuadrillas
de los chicos sandungueros,
y las mulillas detrás,
y detrás los monos griegos.

El orden de las cuadrillas
era el que ahora diremos:
primer espada Juan Montes,
que llevaba por percal
una dos varas de jerga,
que antes fueron un costal.

A su vera Mazzantini,
quiero decir Sebastián,
con un mandil de su hermana,
que quitó pa torear.

Y detrás de estos espadas
los banderilleros, Juan,
el Noveno y el Corrocho
Marcos, Didán y Damián,
Santiaguillo y Bernardino
y el reenganchado Calores;
puntillero Juan Julián,
y pa correr las mulillas
Sexmero con cuatro más.

pero advertido Custodio (un portero de la casa) de que no había sesión, porque estaba el señor alcalde en la era, aventando el trigo y que, si alguna cosa se ofrecía, podía contársela al Polinario, que era el concejal de semana, el bicho se dio por satisfecho. Tocan a banderillas y, desde una ventana de la plaza, descuelgan unos cuantos pares de palillos, adornados con papel de envolver pimientos, y yo grito desde el burladero del Pósito:

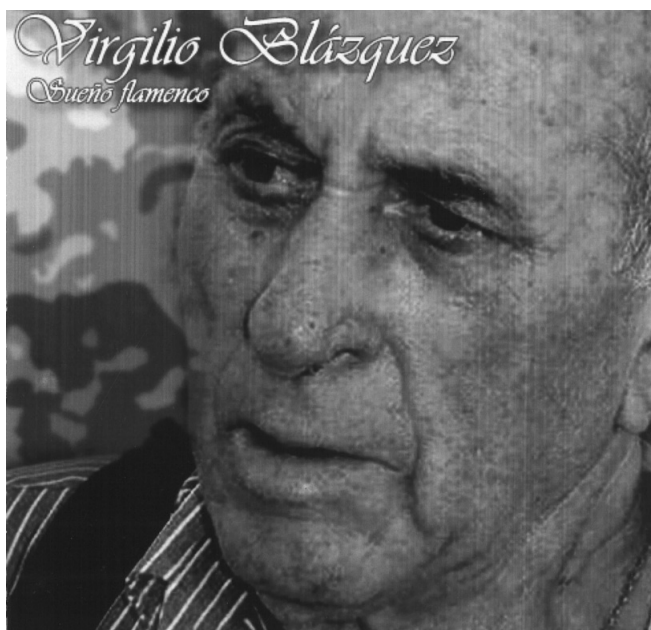


Pero, oiga osté, Ramonita,
¿pa cuándo quie osté dejar
aquellas pendolas buenas
que tenía osté ahí colgás?

La chica no quiso oír. Toma un par el Didán; va en dirección al toro, aparentando descuartearlo, se arranca la res y lo engancha por la cintura, subiéndolo sobre la melenera; palmas al chico por su arrojo y valor; el Noveno deja un medio par al cuarteo después de citar al quiebro; por último, terminó la jornada el Chapilla, con medio, saliendo por pies."

No tenemos sitio para más; siempre, es bueno traer a colación la tradición, para contrastar lo viejo y lo novedoso, y para percatarnos también, que la tradición de Macotera mantiene su esencia en la celebración de su fiesta de san Roque.

Virgilio Blázquez Capucho graba dos nuevos Cds.



Dicen que lo importante, en esta vida, es caminar haciéndose a sí mismo; y este dicho lo intentamos realizar cada uno con más o menos acierto; por otra parte, cada uno de nosotros nacemos con ciertas disposiciones, que, es nuestro deber desarrollar al máximo, hasta llegar a obtener los cinco talentos del Evangelio.

Virgilio es un hombre que empezó a trabajar a los catorce años en casa del señor Juan el Ronquillo y, después, con otros amos en las tareas del campo; un día, cogió el ato y se vino a Salamanca a buscar trabajo; pateó toda la ciudad durante ocho días, y, por fin, lo consiguió en la colchonería Viñuela; durante tres años, estuvo trabajando, de su cuenta, vareando colchones por las casas, hasta que, un día, decidió abrir una colchonería en la calle Ávila, después, se trasladó a la calle La Fresa; las cosas empiezan a irle bien, y, hoy, tiene, en pleno funcionamiento, tres colchonerías, posiblemente las más importantes de la ciudad, en el Paseo de Carmelitas, en el Paseo del Rollo y en Federico Anaya, que, actualmente, llevan sus hijos.

Virgilio termina de cumplir 79 años, y llena su jubilación con sus aficiones que pasan por lo taurino, el juego de la calva y el cante; lo del cante le viene de lejos, de familia, sobre todo, de su familia materna, aunque dicen que a su padre no se le daba nada mal. Virgilio siempre se ha dejado oír, ha llamado la atención, porque dispone de un chorro de voz, que domina, que llena de sentimiento, y porque sabe impregnar a su cante la sobriedad propia de lo charro; Álvarez Caballero dice de él: "Hay que agradecerle su honestidad, ya que él no engaña nunca y nos brinda el cante en una línea de irreducible autenticidad". Cantaor auténtico. Un aficionado, que vive lo que canta, y nos lo hace vivir a los demás.

Es, además, un cantaor que interpreta, con el mismo vigor y respeto, todos los estilos: desde los fandangos, hasta las malagueñas, las seguidillas, la soleá, los tarantos y guajiras: estas muestras se recogen en todas sus grabaciones, que certifica, una vez más, en estos dos últimos Cds, que ven hoy la luz. Virgilio es hombre autodidacto, que se ha hecho a sí mismo, y ha dado al cante el valor de lo humano y lo divino.

Desde Sabadell



Corría el 24 de marzo de 1840; era Domingo de Resurrección. Una pareja de matrimonios salía de madrugada de Sotrobal hacia Macotera; su ilusión era ver la Virgen de la Encina y su encuentro con Jesús Resucitado. Sus nombres, Jesús el Guiña, y su esposa Andrea, Antonio el Coñita y su esposa Francisca. Dos seres vivos venían en el vientre de esas dos mujeres, que vieron la luz el 24 de marzo de 1940.

Al cabo de 69 años, hemos vuelto a recordar aquellas vivencias, que, de niños, disfrutamos y que recordamos en nuestras conversaciones en las tardes de verano, cuando nos desplazamos al pueblo de vacaciones. Y, entre ellas, aquella ceremonia tan significativa del domingo de Resurrección, cuando se le quitaba el manto negro, de luto, a la Virgen ante la presencia de su Hijo Resucitado. ¿Se pondrían las dos de parto por la ilusión de ver la alegría de la Virgen?

El pasado año, los mayordomos de la Virgen de la Encina hemos querido resucitar aquella tradición, que se había perdido, y le hemos regalado a la Virgen de la Encina un velo negro, para que lo siga utilizando en ese momento del encuentro con Jesús.

A quienes le han quitado el manto,
Cristo los protegerá,
dándoles paz en la tierra
y gloria en la eternidad.

El suelo de esta plaza
merece ser de cristal,
porque en él se ha quitado el manto
Nuestra Madre Celestial

Antonio Sánchez Corto

Defunciones

Fidel Bautista Sánchez, *Chiquino*
Emilio Sánchez Hernández, *Patastuertas*
Teresa Jiménez García *Gumersinda*
M^a Teresa Nieto Gómez, *Jeromicha*
Pedro Blázquez Martín, *hijo de Clara Pascuita*
Antonio Blázquez Sánchez, *Calderas*

Mordedura de reptiles

Al morder, dejan dos incisivos paralelos separados, entre sí, seis mms. La gravedad de la mordedura está en relación con la potencia del veneno, la cantidad del mismo, el peso y la zona de la inoculación de la persona afectada.

¿Cómo proceder?

Primeramente, tranquilizar a la víctima e inmovilizar la parte afectada. Seguidamente, desinfectar la herida; colocar una ligadura, que comprima, ligeramente, el miembro afectado por encima del lugar de la inoculación del veneno, y se debe retirar en caso de que dicha extremidad se hinche o amorate en exceso. En caso de mordedura sobre la cara, cabeza o cuello se realizará una presión firme y uniforme alrededor de la herida para retardar la absorción del veneno.

La aplicación del frío sobre la zona es aconsejable, ya que disminuye la difusión del veneno e inactiva las sustancias responsables de la inflamación local. Está contraindicada la aplicación de hielo, directamente, sobre la herida.

Se trasladará a la víctima, inmediatamente, a un Centro Sanitario, en absoluto reposo.

Queda contraindicado el uso de torniquetes.

Queda contraindicado hacer incisiones sobre la herida.

Queda contraindicada la succión del veneno por el riesgo de ser absorbida por lesiones existentes en la cavidad bucal, además, de considerar que se extrae poca cantidad de veneno.

Prevenciones:

Los excursionistas deben proteger las partes inferiores de las piernas mediante zapatos o botas de material grueso, así como con gruesos calcetines que cubran bien las piernas; evitar marchas nocturnas por zonas de hierba alta, maleza o zonas rocosas; no matar serpientes de manera innecesaria, pues gran número de picaduras se producen en esas circunstancias; no introducir la mano bajo piedras o huecos de las rocas.

Picadura de insectos

El síntoma que produce es leve, limitado a una afectación local con dolor, hinchazón y enrojecimiento de la zona de la picadura. Sólo existe peligro cuando alguien es picado de manera múltiple, es decir, por varios insectos a la vez (un enjambre de abejas) o si es alérgico al veneno inoculado.

¿Cómo actuar?

Limpiar y desinfectar la zona afectada; extraer el aguijón cuando éste se haya introducido en la piel, se hará con sumo cuidado y con unas pinchas, previamente, desinfectados; aplicar frío local (agua fría, vinagre o amoniaco rebajado); en caso de picadura en el interior de la boca, que provoque dificultad respirato-

ria, hacer chupar hielo durante el traslado urgente al centro sanitario; no aplicar remedios caseros, tales como barro, saliva, amoniaco y otros productos difundidos entre la población, pues calman el dolor, pero pueden infectar o dañar la herida.

Picadura de arácnidos

Destacan por su toxicidad el escorpión y las arañas.

El escorpión

Síntomas. La inoculación produce una fuerte reacción local, con dolor agudo en la zona de la picadura, inflamación y gran edema en el miembro afectado, calambres musculares, temblores y hormigueo.

Actuación.

Inmovilizar la zona de la inoculación; aplicar frío sobre el lugar de la inoculación, ya que se retrasará la absorción del veneno; aplicar una banda constrictora, que interrumpa sólo la circulación venosa superficial, sin afectar la circulación profunda del miembro afectado: traslado urgente al centro sanitario.

Arañas no suelen revestir serio peligro y rara vez requieren un tratamiento médico más extenso; aplicar frío en la zona de la picadura.

Picadura de animales marinos:

Las medusas, arañas de mar... La picadura de estos animales no suele revestir gravedad, aunque sí producen una gran sensación de dolor y picor, seguida de una inflamación de la zona afectada.

Actuación.

En caso de púas clavadas, realizar la extracción de ellas; las secreciones emitidas por estos animales son destruidas por el calor; introducir la zona afectada en agua caliente, aliviará el dolor; es aconsejable no rascarse ni frotar la zona afectada, lo que aumenta las molestias; lavar la zona con agua salada y limpia (en el caso de picadura de medusa). Traslado a un centro sanitario.

El rincón

Entramos en el mes de agosto, en el mes de san Roque, en el que entra de protagonista el toro. Y el toro me refresca algo que leí en un documento de 1459, en el que se trata de las obligaciones que tenían que cumplir los carniceros para con el concejo.

Éstos tenían que dar carne de carneros cojudos hasta san Juan de junio, y de san Juan hasta san Miguel capados, y de san Miguel a Entruejo (carnaval) capados y cojudos, tantos de unos como de otros, y el concejo les ponía de tasa o impuesto, como licencia de venta, la donación de dos novillos de lidia: uno para san Juan de junio y otro, para Santiago.

Como veis, ya en el siglo XV, e incluso antes, el toro era un aliciente imprescindible para cualquier tipo de celebración: una boda de rumbo, una graduación universitaria o la fiesta del patrón del concejo...

D.

C/ n° Piso

Localidad C.P.

Provincia